

LUIS DíEZ DEL CORRAL IN MEMORIAM

Con la muerte de D. Luis Díez del Corral se nos ha ido un gran maestro y un gran universitario. Maestro en el sentido orteguiano, algo más y diferente que profesor. En la actitud moral e intelectual de D. Luis aprendimos el amor por las cosas bien hechas, el gusto por una libertad e independencia de criterio que no necesita de alharacas para actuar sino que se manifiesta en el respeto día a día a los demás y a sí mismo, en un rigor para la propia obra y búsqueda de conocimiento que es ajeno a modas, prejuicios y lugares comunes por muy asentados que estén. Don Luis deja una obra escrita de más de cuatro mil páginas, impecables en su fondo y en su escritura, que comprende una veintena de libros —traducidos buena parte de ellos al inglés, francés, holandés, italiano, japonés y otras lenguas— y más de un centenar de monografías, todo ello reunido en unas recientes Obras Completas en cuatro volúmenes, que tuvo la satisfacción de poder ver y disfrutar durante el último mes de una larga y fecunda vida. Como historiador de las ideas políticas, como jurista y como filósofo y ensayista, Díez del Corral deja una obra excelente, en donde la historia, el derecho, la ciencia política, la filosofía, el arte, la literatura, se interrelacionan en un entramado potente y riguroso.

De estas obras hay que destacar libros como El rapto de Europa (1954), quizás el más famoso traducido y reeditado, soporte de continuas lecturas de generaciones universitarias que extraen siempre nuevas sugerencias de tan precioso texto; El liberalismo doctrinario (1945), libro canónico sobre el liberalismo europeo y español en el siglo XIX, e igualmente traducido y reeditado constantemente; La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt (1976), básico para comprender nuestra historia y la imagen de España en el contexto europeo; Velázquez, la Monarquía e Italia (1979), imprescindible y magnífico texto para comprender las obras velazqueñas del Museo del Prado en su significación histórica y artística; El pensamiento político de Tocqueville (1989), obra monumental y muy querida —y sufrida— por su autor, quien llegó a expresar no sin humor en su prólogo que «el trato siempre cautivador de Tocqueville pudo convertirse en verdadero cautiverio», en alusión

a los muchos años que le dedicó. A estos y algunos otros libros —como el bellísimo La función del mito clásico en la literatura contemporánea (1957), o los deslumbrantes Ensayos sobre arte y sociedad (1955), o los apasionantes relatos de viajes por las huellas de Humboldt en América y por el descubrimiento de lo oriental en Del Nuevo al Viejo Mundo (1963)—, hay que añadir una serie de monografías sobre Pascal y Tocqueville, sobre San Agustín, Descartes, Montesquieu, y buen número de clásicos antiguos y modernos, así como su traducción juvenil y magnífica de El Archipiélago de Hölderlin, o el primer libro de 1942, Mallorca, dedicado a su mujer Rosario, con el que ganó el Premio Nacional de Literatura, y otros muchos escritos. Escritos en los que hay que destacar la sencillez, claridad y buen castellano de su factura, sin perder por ello nada de su complejidad y de la profundidad de su contenido. Ya señalaba Borges que la sencillez era justo lo contrario de lo simple y que sólo la sabiduría, inteligencia y trabajo continuo era capaz de conseguir «la secreta y modesta complejidad». Ésa fue la alcanzada por Díez del Corral.

De esta obra se ocuparon importantes historiadores y pensadores de nuestro siglo, siempre con críticas elogiosas y análisis interesantes, como Toynbee, Copleston, Denis de Rougemont, Raymond Aron, Röpke, Stuart Hugues, André Siegfried, Raymond Carr, entre otros; así como prestigiosas revistas internacionales, desde el suplemento literario de The Times, o la norteamericana Ethics, o los anales de The American Academy of Political and Social Science, a The Oxford Magazine, Das Historich-Politische Buch, Neue Politische Literatur, la austríaca Wort und Wahrheit, la Gregorianum romana, Antaios —editada por Mircea Eliade y Ernst Jünger—, Literaturwissenschaftliches Jahrbuch, etc. Entre nosotros, escribieron sobre distintas publicaciones y temas de don Luis, personalidades intelectuales como Ramón Carande, José Antonio Maravall Casesnoves, Salvador de Madariaga, Antonio Domínguez Ortiz, Pedro Laín Entralgo, Melchor Fernández Almagro, Eugenio Nadal, Antonio Tovar.

Catedrático de la asignatura que él implantó brillantemente por primera vez en España, la Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, era también por oposición Letrado del Consejo de Estado; fue consejero cultural en la Embajada de España en París; amigo de Ortega y Gasset, con el que realizó un viaje a Alemania, de Raymond Aron, de Denis de Rougemont, Livermore y de buena parte de la intelectualidad europea y americana, amén de los mejores nombres españoles; recibió premios y

hombres varios por sus actividades y su obra. Además del citado de Literatura, fue premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1988) y Premio Internacional «Menéndez Pelayo» en 1996. Galardonado con cruces y distinciones varias, desde la Medalla de Oro de su querida tierra riojana, hasta la Legión de Honor francesa o la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, o el imponente Doctorado «Honoris Causa» por La Sorbona, Díez del Corral era además miembro de tres Academias principales: la Real Academia de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando y la de Ciencias Morales y Políticas, de la que fue Director durante varios años. Sería fatigoso seguir enumerando para el lector distinciones y reconocimientos; baste esta muestra destacada en cuanto a la proyección exterior de su obra e influencia, pues la persona y magisterio de quien hizo suya la recomendación de Raimundo Lulio del «oficio de maravillarse» y nos dejó escrito en uno de esos libros de juventud «Vete por el mundo y maravíllate», fue siempre coherente con esos principios.

Su sabiduría, su inteligencia y su curiosidad insaciable hasta el último momento de su vida se compaginaron siempre con un afecto sincero y lúcido a las personas; humanista y liberal por formación, por temperamento y convencimiento, a los que tuvimos la suerte y el privilegio de estar cerca de él y de conocerle nos deja un vacío irremediable. Su despacho y su magnífica biblioteca, siempre abierta para todos sus alumnos y discípulos, fue el último lugar de su despedida definitiva, en medio de sus libros, sus cuadros, sus recuerdos y el pequeño sillón en el que leía, trabajaba y nos recibía en charlas interminables sobre los grandes del pensamiento. Fue esta despedida en su entorno habitual una decisión de su esposa y compañera vital e intelectual siempre, Rosario Garnica, amanuense paciente e inteligente durante tantos años de los escritos de su marido; ella y sus hijos supieron rodear con su sensibilidad y cariño todos los momentos de la vida de don Luis. El disfrute con sus nietos y nietas de los últimos años de Díez del Corral se compaginaban bien con aquella «capacidad de gozo ponderado» que, con las personas y con el conocimiento, estimaba don Luis que era fruto de los años y de la experiencia: «(saber) detener la mirada en un paisaje concreto, ver lo que es un niño y ponerse a su altura —había declarado en unas jugosas entrevistas de 1982—, tener o haber tenido algunas personas alrededor en el ámbito familiar o de la amistad, saber enriquecer con sencillez la observación cotidiana gracias a ese hábito intelectual que permite una posibilidad de penetración, de interrogación, de problematismo; saber utilizar lo concreto y lo inmediato como quizá uno de los grandes trucos

que, según los genios de la Antigüedad, pueden dar algo de felicidad en la medida que la podamos tener»...

Son palabras que reflejan bien la discreción y bondad de este gran profesor, que siempre huía del ditirambo y que mantuvo un equilibrio tenso y fructífero entre su sentido autocrítico y su generosa visión del mundo. Pues don Luis, como verdadero sabio, era fundamentalmente un hombre bueno; jamás estuvo pendiente de las pequeñas miserias de los gremios universitarios y superó con elegancia, resignación y sentido del humor las acritudes que, como todo ser humano y más siendo bondadoso y brillante, le tocó vivir. Su magisterio era algo profundo y suave, sin imposiciones ni consignas de ningún tipo, sin pretender ordenar la vida de nadie, lejos de pretendidos liderazgos intelectuales o ideológicos, distante de altavoces periodísticos o de coyunturas oportunas; simplemente mostraba caminos, abría puertas, enseñaba el disfrute de otros horizontes. Pasar o no por ellos era elección o decisión de cada cual. Pero, como todo verdadero magisterio, enseñaba con su ejemplo y su actitud moral, tolerante pero no blanda, que el mundo tiene sus configuraciones y sus límites y que la realidad es opaca y difícil, sin fórmulas salvadoras definitivas para nadie. Vivirá por ello no sólo en sus obras, sino siempre en nuestro recuerdo y afecto más profundo.

Fue colaborador de la Revista de Estudios Políticos desde su primer número en 1941 y contribuyó con su siempre declarado y demostrado sentimiento y actitud profunda y firmemente liberal, y un europeísmo presente ya en ese primer artículo, a que aquel Instituto de Estudios Políticos, hoy Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, se configurara como un centro de reflexión y encuentro que, a pesar de las dificultades y contradicciones, mantuvo una tradición de estudio ponderado y eficaz, impulsor en ocasiones de iniciativas o apoyo en instituciones y revistas de gran aliento, y del mantenimiento de un clima de convivencia y pluralismo. No sólo esta institución se benefició de su liberalismo. Con José Antonio Maravall Casesnoves y Luis García de Valdeavellano formó un departamento de historia irrepetible y configuraron, junto con otros maestros y profesores de esa franja generacional, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de finales de los sesenta, en la Universidad Complutense en Madrid, una comunidad universitaria ejemplar en su compromiso con el rigor científico e intelectual y con la realidad propia de tiempos difíciles.

CARMEN IGLESIAS